

españoles no sobrepasa los 2.710 millones de pesetas, ¿quiénas pueden ser los patriotas que entre 1974 y 1977 han depositado sólo en Suiza por encima de los 300.000 millones? Aunque no parezca natural, lógico, ni siquiera imaginable, habrá que rendirse a la evidencia de que quienes han contrabandeado capitales tan sustanciosos sean precisamente los que día tras día se quejan amargamente de las insuficiencias de un salario mínimo de que alegremente disfrutan.

Pero si repasamos con atención las listas de Hacienda, advertiremos fácilmente que si son todos los que están, no están todos los que son. Una simple ojeada basta para descubrir llamativas y notorias ausencias. Faltan muchos aristócratas de la sangre, de las finanzas, de los negocios, de las inmobiliarias, de la política, de las profesiones liberales y hasta del espectáculo. La llamada alta sociedad, la que se pasa el año descansando en la Costa del Sol, en las Bahamas, Florida, Acapulco o Montecarlo se halla escasamente representada. Nombres preclaros del franquismo que están en la memoria de todos, especialmente sus grandes economistas, no aparecen por ninguna parte. ¿Sorprendería a nadie, por ejemplo, que en dichas listas apareciesen en lugares preminentes financieros como Ruiz-Mateos o grandes constructores como Banús?

Sin embargo, acaso sean más llamativas, aunque económicamente tengan menor importancia, otras ausencias por ser más conocidos sus protagonistas. Nos referimos concretamente al mundo del espectáculo. ¿Cómo es posible que



Raphael.

no aparezca en las listas ni un solo artista de la clase que sea? ¿Es que todos esos cantantes que actúan mensualmente en quince o veinte "galas" y que, según las revistas especializadas, cobran trescientas o cuatrocientas mil pesetas por tarde o noche, ni actúan tanto como dicen ni cobran la décima parte de lo que pregonan? ¿Ni siquiera el famoso Raphael, con sus triunfales y lucrativas actuaciones dentro y fuera de España, ingresa lo suficiente para aparecer en las listas? ¿Y qué decir de los grandes futbolistas extranjeros —Cruyff, Netzer, Neeskens, Breitner, Repp, etcétera— que en 1974 jugaban en equipos españoles y que costaron decenas y decenas de millones de marcos y florines?

Con todo, la más increíble de las ausencias sean los nombres toreros. Aquí, cuando se habla de ganancias exorbitantes, siempre se menciona el nombre de algún diestro famoso. En 1974, retirado ya "El Cordobés", lidiaban reses en las plazas de España y América Paco Camino, Palomo Linares, Paquirri y el Niño de la Capea, todos los cuales pasaron de las 60 corridas y dos de ellos superaron las 80. Aunque no llegasen a cobrar el millón de pesetas por tarde de que alardeaba Manuel Benítez, sus honorarios no eran muy inferiores. ¿Cómo ninguno llegó a los quince millones si esos mismos diestros, en unión de otros cuatro de menor fama y valía, cobraron alrededor de doscientos cincuenta millones de pesetas en 1976, según un informe publicado por los empresarios a comienzos de 1977? Si la temporada pasada cada uno pasó de los treinta millones, ¿cómo explicar que tres años atrás no llegasen siquiera a la mitad? ■ E. DE G.



Cruyff.

Los
Contem
porá
neos

"CLOWNING"

EL esfuerzo de don Adolfo Suárez por imitar a don Adolfo Suárez es realmente importante. Como tiende su rostro hacia adelante, en forma de mascarón de proa, como sostiene la cabeza, a la que se supone cargada de ideas y con una actividad incesante, con la mano en una barbilla ligera, elegantemente prognática; como sigue con inmensa atención la lectura de textos que sin duda conoce de antemano, es algo tan perfecto que cualquiera podría suponer de él que era el auténtico don Adolfo Suárez. Se decía de Víctor Hugo que era un loco que se creía Víctor Hugo. Don Adolfo Suárez es un cuerdo que se cree que es don Adolfo Suárez y, lo que es más importante, que nos lo hace creer a los demás. Verle sentado en el banco azul es uno de los más interesantes espectáculos de esta época.

"¿Sé tú mismo, sé una personalidad!", decía un personaje de Ibsen. Don Adolfo Suárez se ha debido decir tantas veces esas palabras que parece que ya ha conseguido la mejor interpretación de sí mismo que puede hacerse. La que realiza don Ignacio Camuñas es menos convincente: a veces tiene verdaderos destellos de identidad, pero al final siempre se consigue ver que no es don Adolfo Suárez. Como los grandes actores, que interpretan un papel dejando al mismo tiempo el resquicio suficiente como para que se vea que detrás del personaje está el actor. El intérprete. Otros jóvenes de la UCD consiguen un parecido mayor.

De todas formas, donde se ven algunos, de los mejores Adolfos Suárez es en los ejecutivos de las grandes empresas y en los funcionarios de categoría elevada en los Ministerios. Sobre todo, los que han leído los fundamentos del éxito contenidos en los libros de Dale Carnegie. Y los que han formado su personalidad en la lectura del "Reader's Digest". Un trasfondo de Kennedy fantasmagoreo por todos ellos.

En la ingeniería biológica hay un experimento que se llama "clowning". Consiste —o consistirá, si la demencia triunfa, y la demencia siempre triunfa— en fabricar seres idénticos unos a otros. Se conseguirá, por ejemplo, un modelo perfecto de cargador de muelles, y se repetirá al infinito, para exportarlos a todos los puertos que los necesiten. O un gran matemático que permitirá sacar de él una colección de matemáticos. Con todos los rasgos físicos, mentales y morales del "pattern", del molde.

España siempre se adelanta —como es sabido por los grandes textos—, aunque luego no se le reconozca. En este gran invento del "clowning", España está logrando maravillas: la serie Adolfo Suárez está ofreciendo ejemplares maravillosos. Todavía, eso sí, un poco caros. Se hacen pagar bien.

Pero la técnica no ha llegado todavía al arte de la mismísima Naturaleza. Entre todos los Adolfos Suárez del país, ninguno como el auténtico. Su manera de imitarse a sí mismo, de crearse a cada instante; su manera de generación propia planeada y estudiada, no tiene igual.

Es su mejor imitador. Y está componiendo su figura para la Historia. Sin la ayuda de un bigote georgiano o de un gorriño cuartelero; sin un hongo, un bigotito y unos zapatones y una fina caña de bambú, como otros personajes de la historia reciente. A cuerpo limpio. Simplemente, sosteniendo la cabeza pensante en la mano que sostiene la barbilla y mirando con un gran gesto de inteligencia. El trabajo que le cueste conseguirlo, probablemente lo sabe sólo él. Pero es un éxito.

POZUELO